

# LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

MUNICIPAL

SUPLEMENTO ILUSTRADO

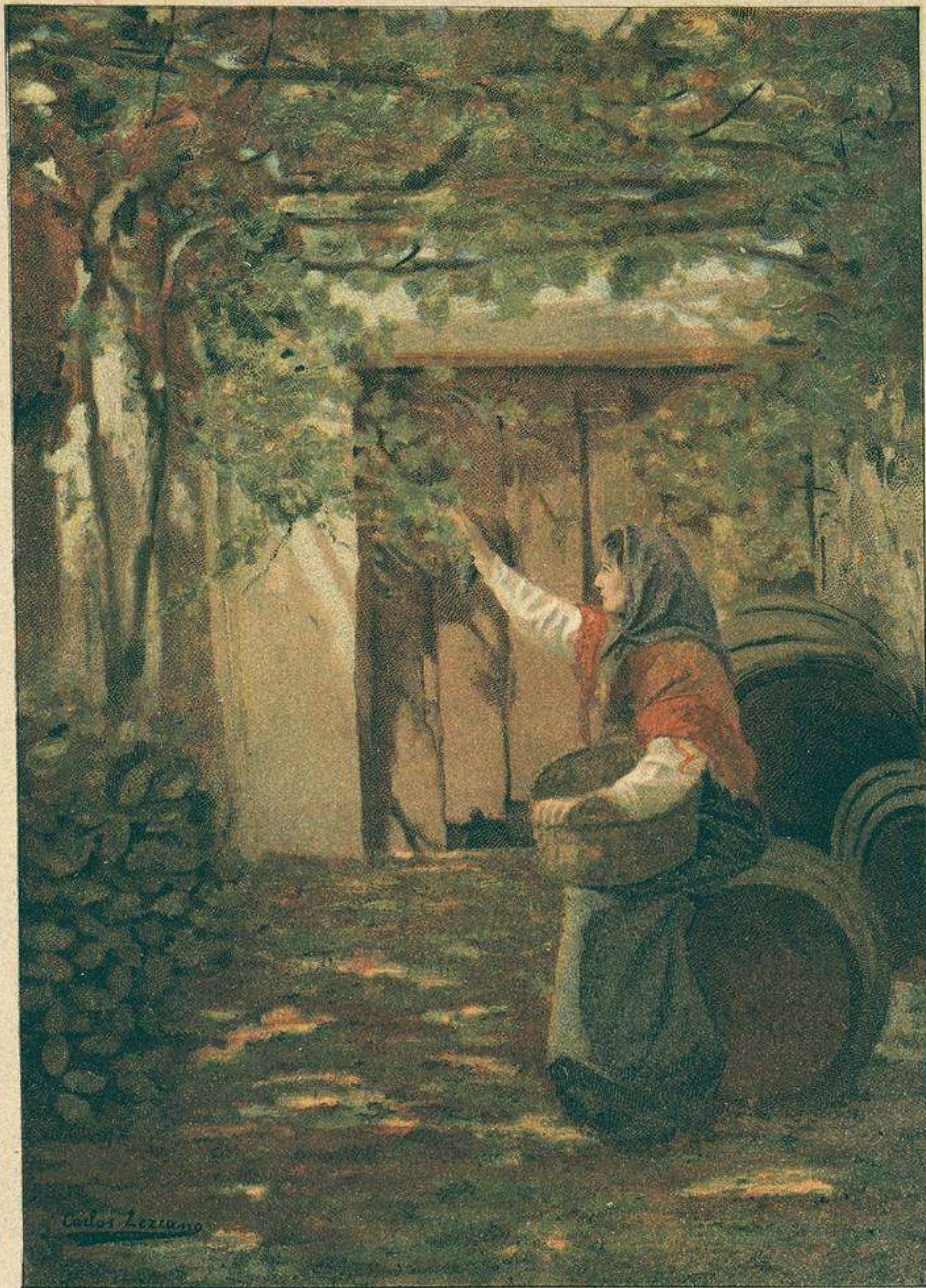
DIRECTOR ARTÍSTICO: D. JOSÉ GÄRTNER DE LA PEÑA

AÑO III N.º 46

Madrid Febrero de 1896

OFICINAS FACTOR, 7

CARLOS LEZCANO.



UNA ALDEANA





## DE QUINCE EN QUINCE

No ha sido realmente Madrid la primera de las poblaciones españolas en manifestar su entusiasmo por los valientes soldados que van camino de Cuba. Pero si el ejemplo, para las despedidas cariñosas ha venido de provincias, se ha aprovechado de brillante manera, y las que los madrileños hicieron á los batallones de Vad Rás y Covadonga, resultaron altamente conmovedores y patrióticas.

Después de todo, es natural que las capitales de provincias sientan con mayor efusión, no con más intensidad que Madrid, el cariño hacia los regimientos que las guarnecen.

En ellas todas las personalidades salientes, todos los individuos importantes amigos son de los jefes y oficiales de esos regimientos y con ellos hacen la vida del Casino, del paseo y del teatro. El pueblo intima también fraternalmente con los soldados, y cada cambio de guarnición produce tres ó cuatro premeditaciones de suicidio en el ramo de cocineras y varios cólicos á las familias en cuyas casas las aludidas sirven.

Madrid con su vida más extensa y más compleja, no ofrece tantas ocasiones de trato íntimo, de relación constante y afectuosa entre la población civil y el elemento militar. Raro será en una capital de provincias quien desconozca el nombre del regimiento que presta el servicio de guarnición y aun el del coronel que lo mande. En Madrid hay muchos ciudadanos que ignoran cuáles batallones de infantería ó cuáles regimientos de caballería constituyen la guarnición actual de la corte, y por de contado que desconocen los nombres de los jefes que al frente de aquellos se hallan.

En las capitales de provincias un regimiento es como una familia más, en Madrid una parte del ejército. Allí el padre capellán tiene hasta su corte de beatas; aquí nos parece un sacerdote suelto que vá vestido de paisano. En aquellas, la guarnición es un elemento de vida, á veces el primero, aquí es un factor importante sí, pero no esclusivo para la existencia de la población.

En provincias, en suma, despiden á tales ó cuales soldados, tratados y queridos individualmente; aquí despedimos al soldado español; allá dicen ¡adiós! á este ó al otro regimiento, aquí al ejército. Las despedidas de allí tienen que ser más íntimas y familiares, las de aquí más elevadas y solemnes. Pero de todos modos y tal vez por estas mismas razones, Madrid no debería de haber consentido que otras capitales le diesen ejemplos de entusiasmo patrio. Cuando se está á la cabeza, se debe de ser el primero en todo lo grande y todo lo honrado, pero ¡ah! Madrid tiene tantas y tantas preocupaciones...

Conste de todas suertes, que la despedida hecha al batallón de

Covadonga lavó todas las culpas que anteriormente le hubieran podido á Madrid ser atribuidas. Fué un espectáculo conmovedor y hermoso aquel desfile por las principales calles madrileñas, de los valientes muchachos que van á pelear en Cuba, verdaderamente estrechados por el pueblo como si á cada instante los abrazara. Su paso ante el Congreso marca uno de los momentos más brillantes en la jornada. La idea de la patria vibró súbitamente en todos los espíritus y las exclamaciones de entusiasmo brotaron espontáneas de todos los pechos.

Se vió como flotar en el aire una bandera y era el varonil y ardoroso aliento de la multitud que fingía sus ondulaciones.

\* \* \*

¡Que si Madrid está preocupado! ¡pero de qué manera! Le preocupan dos cosas que trastornarían el juicio de los hombres más serenos y calmados. La primera la falta de dinero; la segunda el escaso del *traucazo*.



Todos los madrileños se quejan de que no tienen un céntimo y como si no bastara una afirmación, estornudan en seguida. ¡Sin dinero y sin salud, qué pueblo no ha de estar preocupado!

No en reis en los comercios más acreditados y lujosos, porque





os dirán que todo está perdido, que no se vende nada, que la quiebra se impone, y estornudo al canto.

No paseis por las contadurías de los teatros, porque os asegurarán que todo es *tifus*, que las localidades de pago se quedan en taquilla, que la ruina está próxima, que hasta el escenario se hunde, y estornudo del contador, del representante ó del cajero.

No vayais á los bailes, porque ya no vá nadie, ni se baila, ni se cena. El de la Asociación de Escritores y Artistas fué una verdadera equivocación. Como esa sociedad da un baile al año y costea varios entierros, acostumbrada más á estos que á aquel, se equivocó á hizo un sepelio de bailarines queriendo hacer un baile macabro. Ello es que ni estuvo *au complet*, ni se bailó, ni hubo bromas, ni alegría, y cuando las parejas lo abandonaron iban diciendo por las calles «se suplica el coche.»



El Carnaval ya es ido como se vino, y se vino con escasas máscaras y entre la indiferencia general. Bastó un poco de ceniza para enterrarlo; más que un muerto de categoría parecía un mortachuelo. Fué un infanticidio con disfraz. ¡Quiera Dios que haya sido el único infanticidio ocurrido durante sus tres días!

Y hemos llegado á esos tristes días de la Cuaresma, que tan odiosos deben de parecerles á los peces, y tan abrumadores á los que se arrastran en el pecado.

Henos en ellos sin un céntimo y estornudando. ¡Oh! ¡Cuaresma verdadera, época de punición y de remordimiento, que bien has caído sobre Madrid convertido por las enfermedades y la falta de numerario en un triste plato de espinacas!

Su cara huesosa y severa tenía que aparecer tras tanta *grippe*, tanta inopia y tanto tedio. No vienes porque el calendario te lo mande, sino porque nosotros te atraemos, y aun cuando el almanaque dijese que no eras Cuaresma, Cuaresma serias, porque Cuaresma es cuando se ayuna y cuando se mira al cielo, y nosotros ayunamos puestos los ojos en la bondad de Dios.

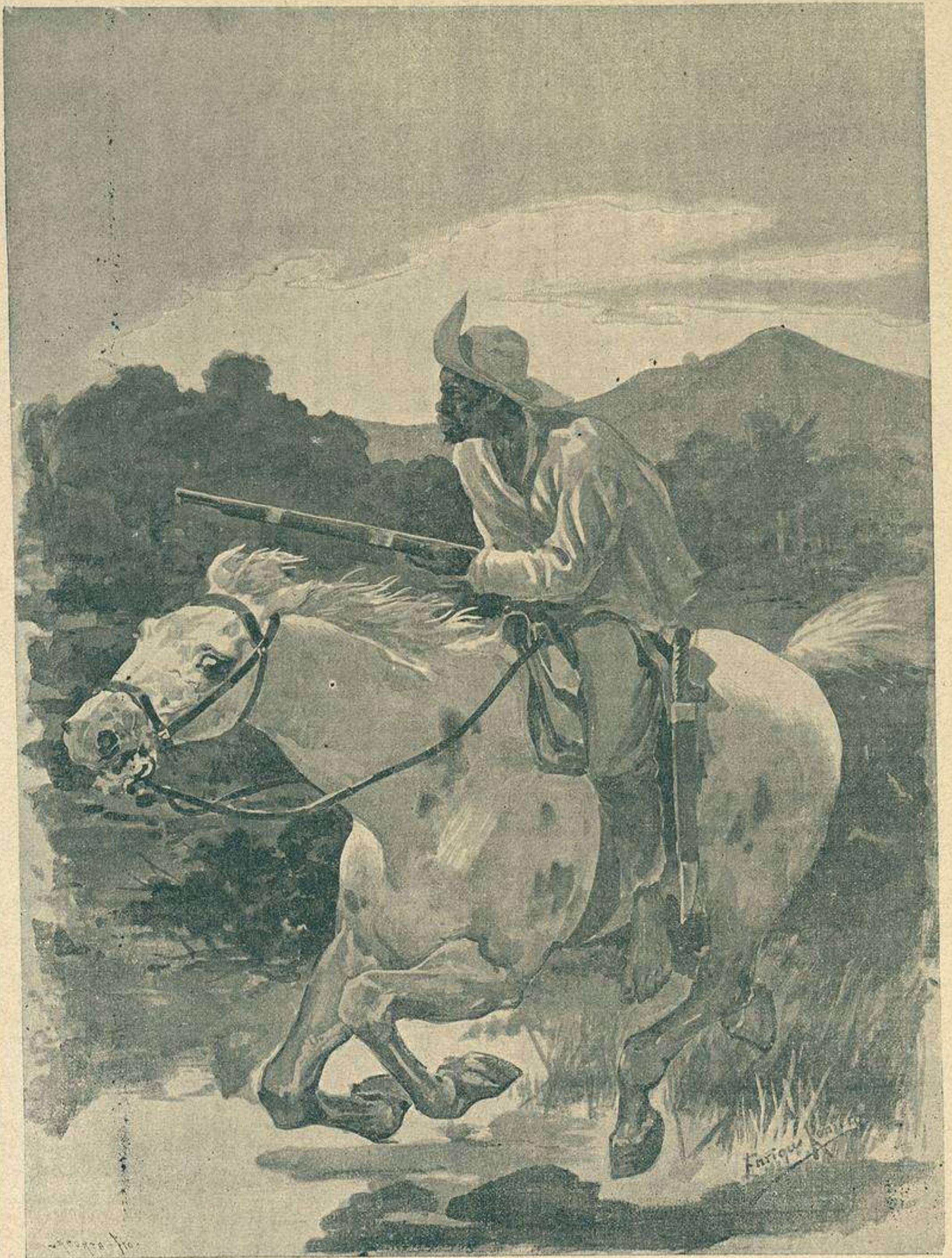
Haga él que las tristes solemnidades de esta época santa puedan interrumpirse por los fervorosos cantos del *Te Deum*, y que para nuestros pobres hermanos que pelean en Cuba no sea la Cuaresma período de inquietudes y tristezas, sino de victorias y bienandanzas.

Si así sucediese, ¡qué hermosa nos parecería esta Cuaresma!

JUAN DE LEYDEN.







LA VANGUARDIA DE MACEO.—CABALLO HERIDO.



# EL ALTAR DE PLATA

Premiaron la virtud del humilde sacerdote Don Antonio Gracia, nombrándole canónigo de \*... ciudad antiquísima, cuya situación señala en el mapa de nuestra Península un pequeño círculo con un nombre encima y dos dedos de olvido en rededor.

Tiene en la patria historia, sin embargo, lugar tan preminente esa ciudad que si su nombre se pronunciara entre laureles agostados, estos reverdecerían al oírlo; más ya de toda su gloria y de todo su esplendor, solo conserva unas murallas al pie del monte en que está edificada, otras á la mitad de la subida de este, una red de estrechas calles en la cumbre y una catedral, delicia del arte y asombro de los ojos que la miran, pero desde cuya alta torre se ve que los dos dedos de olvido que rodean en el mapa á la ciudad se han transformado en leguas de campos yermos de un descolorido tono gris, y por los cuales transitan la soledad y el silencio contemplando fijamente las campanas de la catedral con el índice en los labios.

Por eso, aquellas campanas que han cantado tantos triunfos, anunciado tantas fiestas, glorificado tantos reyes en los tiempos dichosos de \*... callan ahora casi perpetuamente, y solo despierta los ecos que duermen entre los muros de la torre, el lento y grave son que llama á los canónigos al coro ó el más lento y más grave que despide al alma de un muerto dejando caer sus tristes vibraciones sobre las casas de una ciudad muerta.

\* \* \*

Don Antonio Gracia perdió á sus padres siendo aun muy joven y cuando salió del seminario para celebrar su primera misa, no trocaron para él en fiesta las sonrisas de los suyos; esta alianza con el Dios de los huérfanos y de los tristes.

Mientras elevaban sus temblorosas manos el cáliz, se unían en su alma las tristezas del drama de Jerusalén y sus propias tristezas, y si en la sagrada copa había sangre de redención en los ojos del oficiante se agolpaban lágrimas de humanas amarguras.

Llegó Don Antonio á \*... después de diez ó doce años, durante los que ejerció su ministerio en diversas feligresías rurales. La noticia de su nombramiento para el cabildo de aquella ciudad le produjo una gran sorpresa, y como no sabía á quien agradecerse, creyó que las bendiciones que le enviaba su madre desde el cielo le habían ido llevando desde la humildad de su primera parroquia hasta la excelitud de aquel coro catedral.

Dispuso, pues, su viaje, y al llegar á \*... recomendáronle á una pobre viuda que vivía en suma estrechez sin más familia que un niño de pocos años. Albergóse D. Antonio en tan honrada como humilde casa, y pronto las gentilezas y alegrías del niño produjeron en el severo espíritu del sacerdote lo que producen las primeras lluvias de marzo en la tierra endurecida todavía por el hielo del invierno; un despertar de anhelos de cariño lo mismo que un despertar de gérmenes de flores.

\* \* \*

¿Cómo pudo ser que aquella alma, no acostumbrada sino á las austeridades de la fe, se abriese de tan rápida manera á los halagos de un cariño casi paternal?

Sucedió en el espíritu de D. Antonio lo que sucede mil veces en el recinto de nuestras catedrales; envueltas están las naves en una misteriosa oscuridad, cuando de pronto se lanza un rayo de sol á los pintados vidrios de artístico rosetón, y arroja, en medio de aquella severa penumbra una orgía de luz y de colores; pues así cayeron en la mística penumbra del alma de D. Antonio las infantiles gracias y las alegres risas del niño.

Decidido á proteger su orfandad y disponer su corazón para las enseñanzas del mundo, apenas se separaba de él, salvo las horas de sus obligaciones y sus rezos: juntos visitaban los antiquísimos monumentos de la ciudad, narrando D. Antonio los gloriosos sucesos de que fueron teatro, mientras el niño le oía sin respirar apenas, para soñarlos después punto por punto.

Una mañana llevóle D. Antonio á la catedral para enseñarle las alhajas, regalo de cien reyes y magnates, que enriquecieron el tesoro del templo; asombró entre todos ellos la imaginación del niño un precioso altar de plata, que únicamente salía de las estrechas prisiones del tesoro al llegar la festividad del Corpus. Colocabanlo entonces, lleno de luces, á la derecha del altar mayor, y deslumbraba.

Por distintas circunstancias, habían transcurrido varios años sin que, ni aun en la solemnidad del Corpus, hiciera el altar de plata su acostumbrada aparición en el templo; pero toda la ciudad sabía que aquel año podían los fieles desbordar su admiración contemplando por fin tal prodigio de arte y de riqueza.

\* \* \*

Acercábase ya el Corpus, y el ahijado ó discípulo de D. Antonio soñaba todas las noches con la emoción que le produciría la vista del iluminado altar de plata.

Loco con tales fantasías, confesaba á su madre que al punto de dormirse veía de pronto una gran claridad tan súbita y resplandeciente que le daba miedo.

Incorporábase entonces asustado en la cama, costándole después larga fatiga conciliar el sueño.

¿Era éste un síntoma de la enfermedad que hizo al poco tiempo presa de su debil cuerpo? No lo sé; mas un día antes de la anhelada semana del Corpus, rindió la fiebre sus fuerzas y levantó en su espíritu el delirio.

¿Cómo pintar la inmensa angustia de su madre y la desolación de D. Antonio?

Inclinados sobre el lecho en que descansaba el cuerpo del enfermo, miraban de continuo el pálido rostro de éste, por el cual corrían espesas gotas de un sudor frío.

Entreabría, á veces, sus ojos el niño, pero sin que en su mirada hubiese luz de inteligencia ni señal de conocimiento.

—¿Qué quieres?—le preguntaban con afanosa solicitud su madre y D. Antonio.

Y él nada respondía; pero cuando el delirio se asomaba á sus labios, el infeliz refería siempre todas las morbosas divagancias de su imaginación al altar de plata.

En esta lucha entre la vida y la muerte, pasó tres días; pero en la noche del miércoles, la rigidez cadavérica empezó á apoderarse de su cuerpo, é inclinándose sobre el hombro derecho la cabeza, como si buscase apoyo por última vez en el regazo de su madre, expiró dulcemente.

\* \* \*

Veló D. Antonio el cadáver toda la noche y no derramó—¡qué horrible pena la suya!—ni una sola lágrima. En su alma habían muerto la vida, el cariño, la felicidad.

Muy de mañana, después de besar, solamente una vez, pero para siempre, la cara del niño, salió maquinalmente de su casa y se dirigió á la Catedral.

Reinaba en el templo un profundo silencio y todo estaba envuelto en misteriosa oscuridad.

Llegó D. Antonio al presbiterio, y arrodillándose ante el altar, hundió la cabeza entre las manos, intentó rezar y no pudo; la voz se le agarraba á la garganta, le fué imposible articular una sola frase.

Entregado á su trágico dolor, perdió la medida del tiempo y la memoria del sitio en que se encontraba.

Nada vió, nada oyó; mas de pronto, el alegre repique de las campanas de la Catedral, cayendo desde la torre como espesa lluvia de sonidos y llenando de ecos las bóvedas del templo, le arrancó bruscamente de su letargo.

Alzó D. Antonio la cabeza, miró hacia el altar y una ola de deslumbradora claridad relampagueó en sus ojos.

El altar de plata ardía lleno de luces, arrojando vivísimas irradiaciones que fingían incendios en el aire.

D. Antonio, deslumbrado, ciego, levantóse, dió dos ó tres paseos, buscó después, palpando en el espacio, un apoyo, un sostén para su cuerpo y cayó con los ojos llenos de lágrimas ante el altar de plata.

¡Tal vez al mismo tiempo caería deslumbrada ante el trono de Dios el alma del niño!

JOSÉ DE ROURE



# EL TAMBOR

Si el hombre no tuviera aspiraciones tan altas, de seguro la humanidad permanecería en la niñez de la civilización. Nadie se preocuparía de las cosas más importantes de la vida intelectual, y á estas horas, minutos más ó menos, no existiría un filósofo, ni un economista, ni un doctor en algún derecho, ni siquiera un escritor aficionado.

Preciso es convenir en que esta última variedad de la especie humana no se echaría de menos en el mundo, y muy principalmente entre los del oficio.

Pero sin filósofos y sin economistas no sería posible la vida de los pueblos, porque un país sin filósofos y sin economistas sería un país sin fortuna, un niño de un año sin andadores, sin guía; un enfermo sin esperanzas de curación.

Los hombres tenemos aspiraciones más ó menos levantadas ó humildes, no según la capacidad de cada uno, como parecía lógico, sino en razón inversa del entendimiento que poseemos.

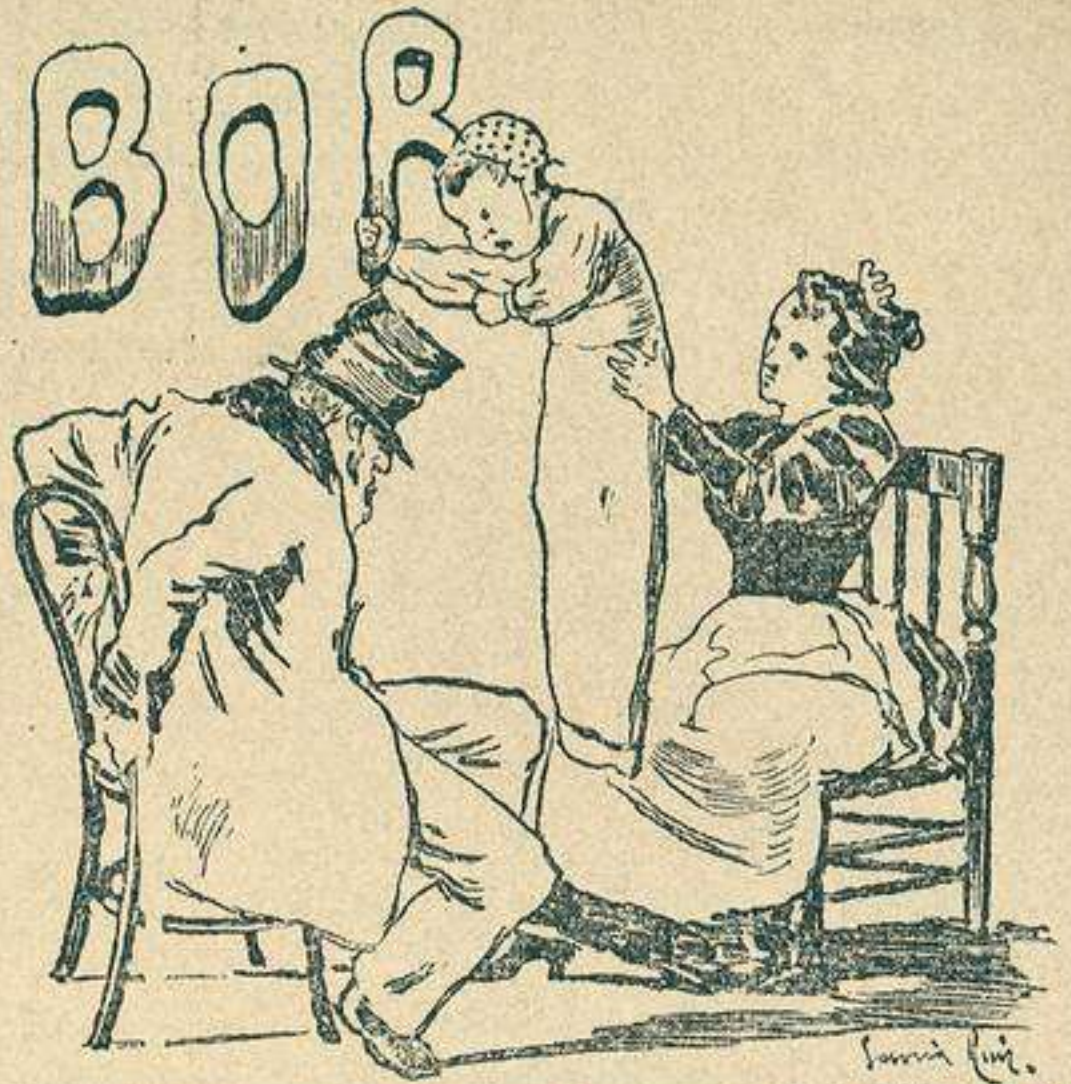
La mayor parte de los tontos aspira á lo que llaman, con alguna propiedad, levantar figuras; es decir, que no se contentan con levantar cabeza, como desea el resto de la humanidad doliente. En cambio, los hombres más discretos, los más ingeniosos ó los más inteligentes suelen verse impulsados por su humildad á desempeñar en el mundo el triste papel de comparsas, ó, cuando más, de racionistas.

Sin embargo, hay sus excepciones en esta como en todas las reglas, y en la vida práctica se ven algunos ejemplos de mozos listos que nacen con la aspiración de producir ruido en su patria, y suelen salirse con su empeño. Seres virtuosos que se proponen un fin ruidoso y lo consiguen, y seres que sólo piensan en que los medios produzcan ruido, sin preocuparse de los fines.

Entre la variedad de los que aspiran á hacer ruido en el mundo, no hay nadie como los tambores hombres (que no los distingue del instrumento que tocan el *Diccionario de la lengua*), ó como quien dice, sin faltar por esto á los profesores susodichos, tamborileros.



El tambor (niño) viene al mundo con la afición al sublime arte de la música en su especialidad del *parche*. Toca con sus manecitas el tambor, imitando á los que ve del oficio y como agitado por una propensión nerviosa, en las sillas, en las puertas, en la pared ó en el sombrero de copa de cualquier prójimo, no perenne, por supuesto, á ningún individuo de su familia.



Cuando hay revistas de tropas ó srenatas al aire libre por las músicas militares ó ve marchar un regimiento, no se fija en nadie más que en la *banda de tambores*. Para él los restantes individuos de tropa, incluso los jefes y oficiales, están muy por bajo del nivel de los tambores. Al lado de la banda se coloca para observar y estudiar de cerca y á su gusto aquella difícil facilidad que no comprendió Moratín en los tambores y que hace los encantos del tambor embrionario.

El *requeleplén* le llega al alma; aquel chiquillo tiene alma de tamborilero.

—¡Si yo pudiera ejecutar esos redobles!—exclama lleno de júbilo.—¿Quién me tosería á mí?

El tambor es para el aficionado niño un héroe, una figura histórica de las más elevadas del ejército español.

Como la educación del tambor en ciernes no es muy notable, por regla general, y no le distraen otros estudios de menor importancia, puede dedicarse durante las horas diarias que le acomoda á ensayarse y adquirir práctica en el difícil manejo de los palillos, que suele procurarse, á cambio de algunos mojicones, en cualquier silla de su casa, suponiendo que alguna tenga palos que perder.

Cuando la patria le llama á su servicio, ya sabe él lo que tiene que hacer: la elección no es dudosa, y se propone defenderla haciendo sonar el *parche*.

A otros suele arrastrarles su vocación á presentarse como voluntarios á la edad de catorce ó quince diciembres; pero de todos modos, el hecho es que el tambor solicita el ingreso en la *banda*, parte distinguida del regimiento, según él cree.

Calcular el sinnúmero de palillazos que recibe del cabo en los nudillos cada vez que equivoca una *nota*, que refiriéndose al tambor puede llamarse *advertencia*, ó que cambia el compás, sería obra superior á las matemáticas, y no hay para qué decirlo.

Las madrugadas de verano, las mañanas de invierno y algunas tardes de los equinoccios las pasa el aprendiz tambor en el campo ó en el patio del cuartel en que se halla alojado, redoblando en seco, si no llueve, y adiestrándose en la ejecución de los aires marciales que se usan.

Algunas veces reniega de su afición y piensa que ha equivocado la carrera, porque sabido es que hasta la realización de los más deseados placeres los disminuye y hace reflexionar en lo que ha costado el conseguirlos. Pero el verdadero aficionado pasa por alto las contrariedades que lleva en sí todo aprendizaje, y continúa impertérrito su carrera estrepitosa.

Cuando el cabo de tambores le da por útil y él se considera ya profesor como el cabo, no cabe de orgullo en su pellejo, ni en el del tambor. Y se comprende: ya se encuentra con una profesión concluida; tiene un medio de ganarse el sustento con bastante desahogo, y hasta puede aspirar á constituir familia.

Por lo menos la base para ello la encuentra inmediatamente. No falta nunca una aficionada al instrumento que se enamora del que lo tañe con tanto garbo, y que se *estremezga* (porque ha de ser mujer de las que se *estremezgan*) con el *requeleplén*, como le sucedía al tambor crisálida.

Los amores entre el macho tambor y la hembra son también tumultuosos y redoblantes.

Ella le convida á tabaco y á otras varias cosas; asiste á las re-



vistas y ejercicios, marcha, como él en otros tiempos, al compás armonioso de la *banda*, convida al cabo para que le distinga con su alta proteccióa, y hasta se permite seguir al regimiento cuan-



do su hombre lo consiente, al punto donde le trasladan de guarujición ó al campo de batalla.

¡Valor heroico, amor sublime! que el amante acostumbra á pagar con algún redoble en las costillas de su dama, por si le ha faltado ó no tabaco ó sobre si es ella la que le hafaltado por pura inocencia.

Pero lejos de ofenderse la *fiel señora*, siente aumentarse su afecto con cada recorrido que sufre, y más tierna y más obsequiosa está con su tambor que cuando él no la redobla.

Fuera de estos leves disgustos y de alguna bala, que también suele venir por la banda, la existencia del tambor es de las más tranquilas. La prueba es que muchos de los que ingresan como tambores en el ejército, procuran envejecer en la profesión.

¡Qué arrogancia la suya! ¡Qué noble soberbia se pinta en sus semblantes al penetrar los primeros en las poblaciones, al recibir los primeros las ovaciones que los vecinos los hacen cuando regresan de la guerra los regimientos! Es verdad que también son los primeros que salen; pero váyase la entrada por la salida.

A sus toques obedecen todos los soldados, y hasta los jefes y oficiales; y hasta acompañan con sus redobles al general que sucumbe gloriosamente, atronando al difunto y á los vivos de la comitiva hasta la misma fosa.

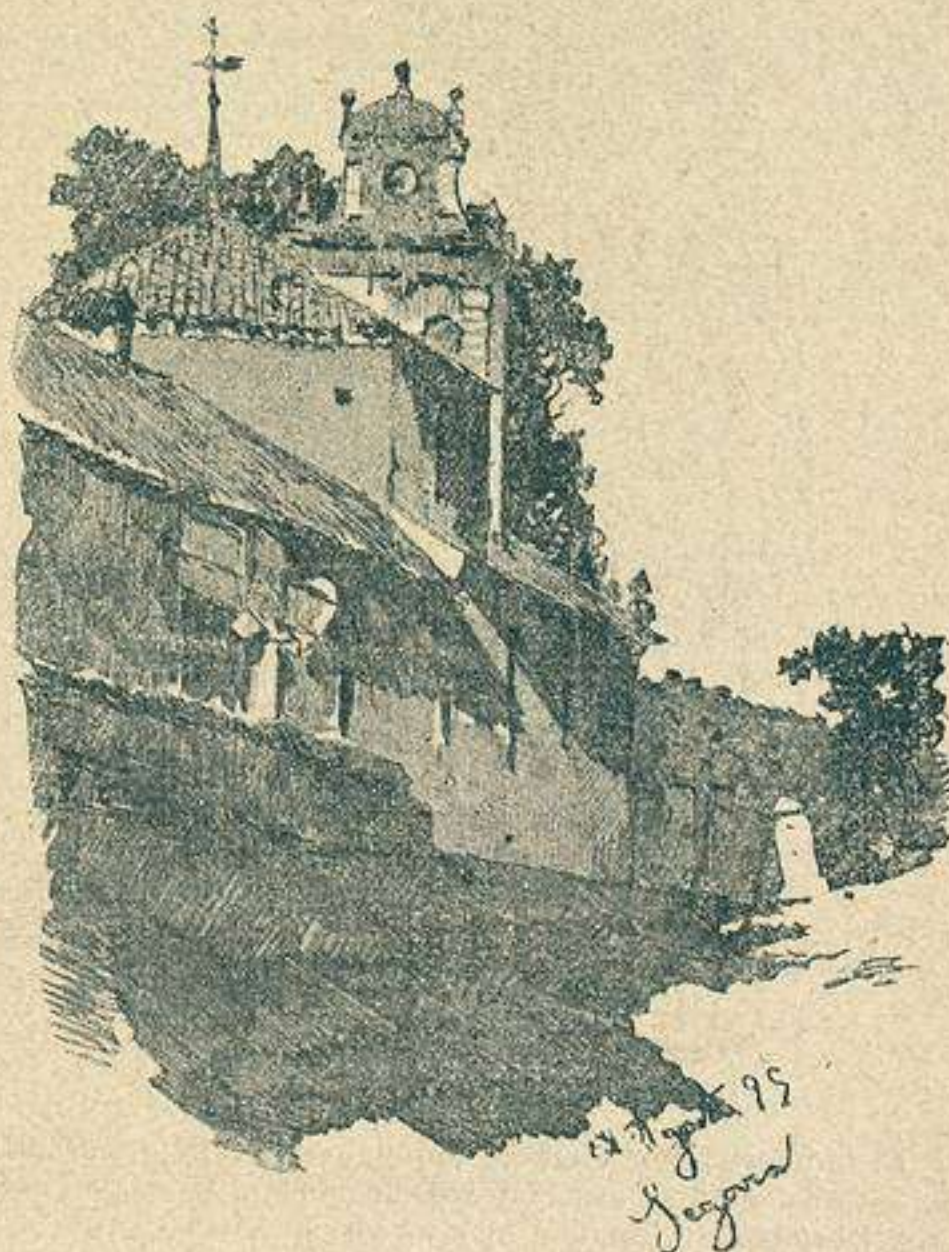
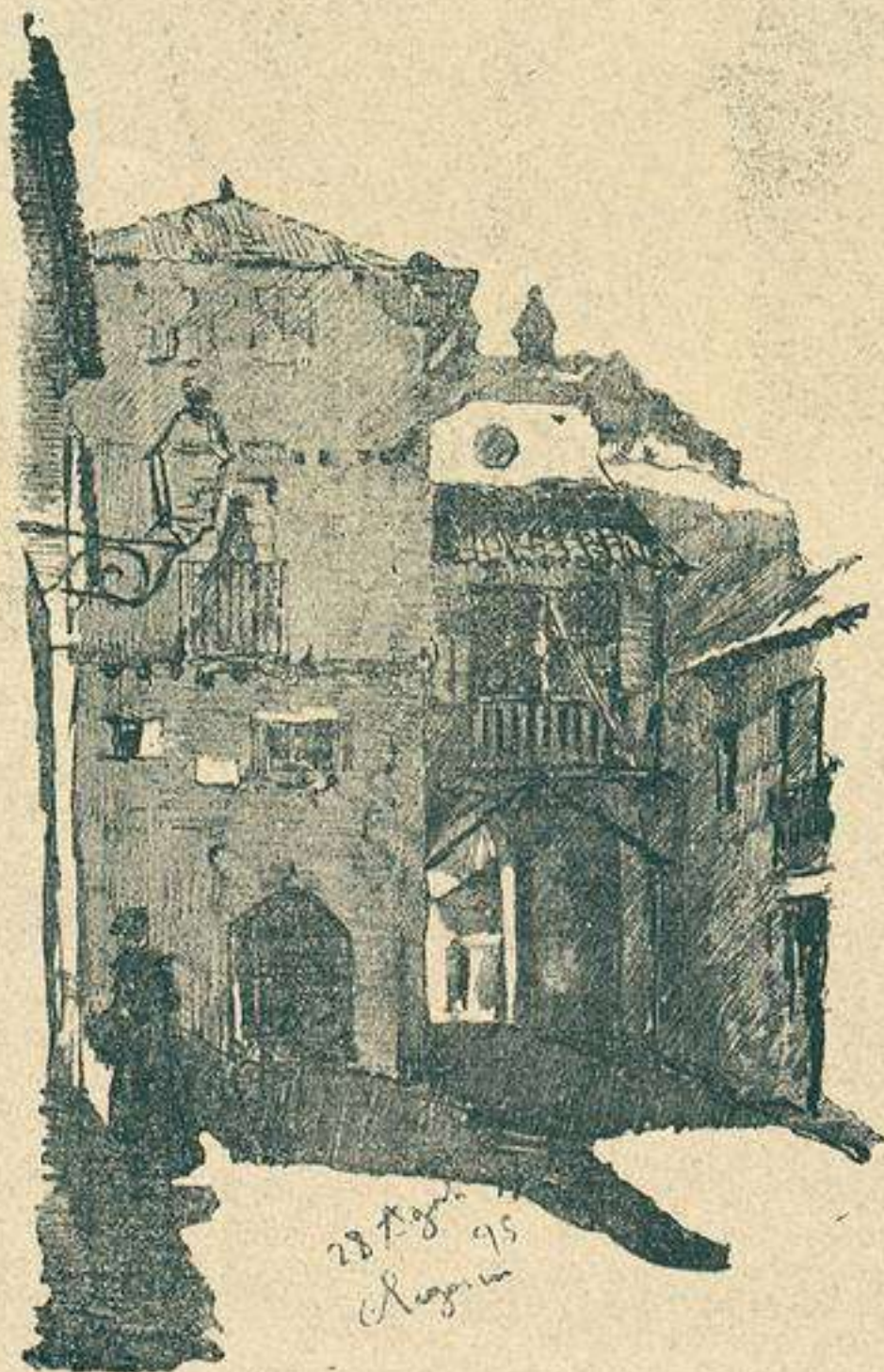
No se ha sabido hasta ahora (digo que no se ha sabido, porque yo no lo sé; esta es la costumbre) quién fué el primero que tocó el tambor. Este misterio del origen aumenta la importancia del instrumento y del instrumentista.

Ciudadanos eruditos atribuyen la invención del tambor á los indios, y de aquí se deduce que serían los primeros que le tocaron; pero como todo lo que tiene origen desconocido se atribuye á la India, como todos los pañuelos de seda, bien pudiera creerse que el tambor fué originario de otra parte.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que entre las carreras ruidosas no hay otra que á la de tambor ó tamborilero se parezca, y que yo me permitiría aconsejar á una porción de individuos que quieren hacer ruido en el mundo, que adoptasen el arte, ó como quiera llamarse, y la humanidad, aturdida, podría exclamar al ocuparse de ellos:

«Pasarán á la historia por sus redobles: hicieron mucho ruido en el mundo.»

EDUARDO DE PALACIO.



RAMOS ARTAL.—Apuntes de Segovia.



ISIDRO GIL



*Isidro Gil  
Burgos 1875*

CRONOTIPIA - E. PORTABELLA

ZARAGOZA

LA ESCARDA



# ¡DECEPCIÓN!...



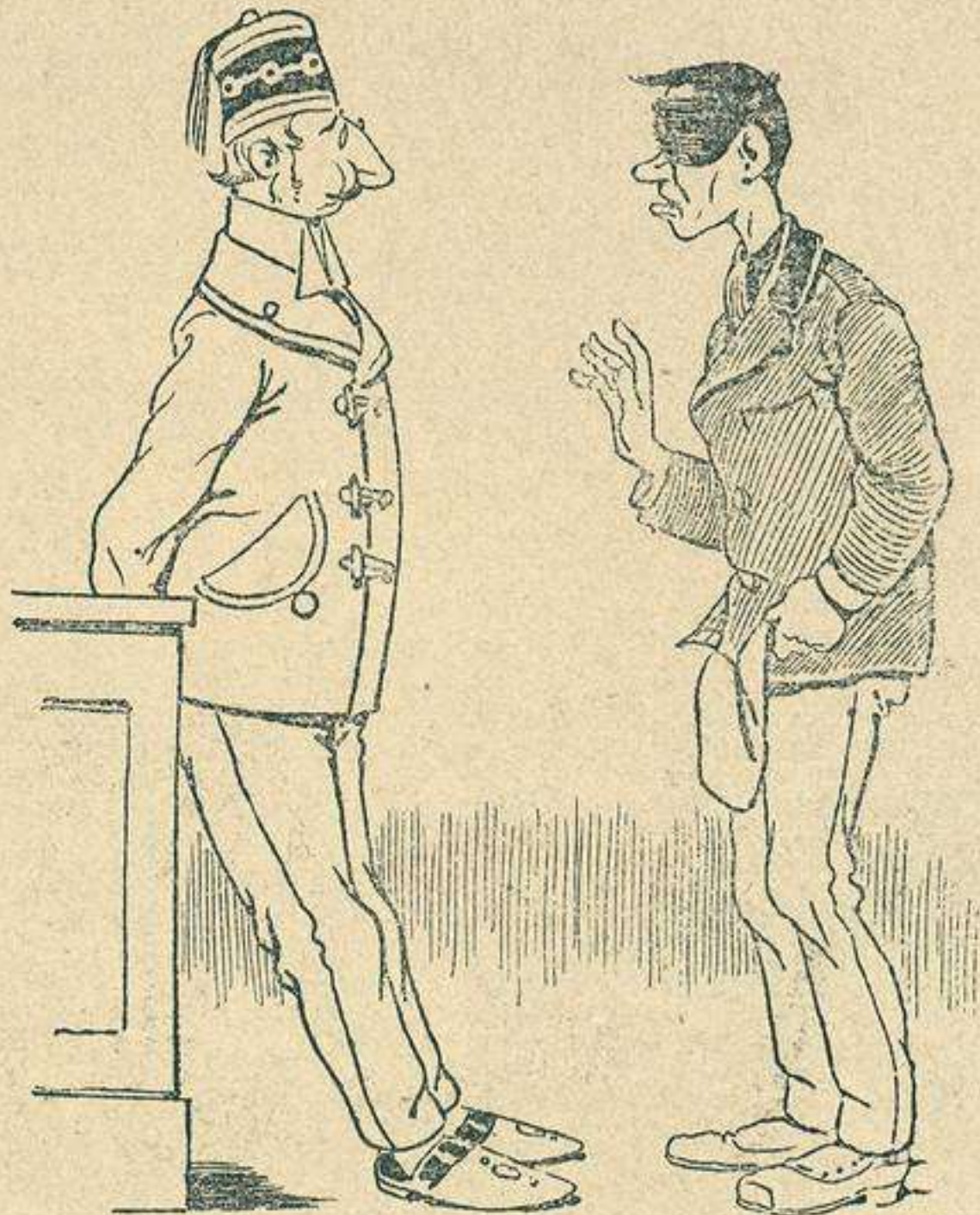
—¿Vive aquí don Hermógenes Gandúlez?  
 —Sí, señor; aquí vive. ¿Qué desea?  
 —¡Toma, *pus* verle á él!  
 —Diga su nombre,  
 le pasaré razón.  
 —¡Anda la *vérdiga!*...  
 ¿No se lo he dicho ya?...  
 —Si yo pregunto  
 por el nombre de usted.  
 —¿Yo?... Juan Goteras;  
 pero á mí en todo el barrio, *mayormente*,  
 me suelen conocer por el *Corteza*.

que yo he venido aquí *pa* que me anuncien  
 como el agua de *azar*? ..

—Tenga paciencia  
 que ahora saldrá el señor; pase al despacho.  
 —(¡Anda Dios! ¿Si será esto alguna tienda?...  
*Amos*, tendría gracia que por *lila*  
 hubiera confundido yo las señas  
 y *haiga* venido aquí á *meter la pata*...  
 ¡*Valiente lío* me ha *buscao* la *Ugenia!*  
 ¡Si tienen las mujeres unas cosas  
 que le ponen á veces á cualquiera  
 más *acharao* que Dios cuando se *acha*-a.  
 ¡En cuanto vaya á casa va á ver *eya!* ..)

.....  
 —Para servir á usted.

—*Muchismas* gracias;



*ustez* dispensará tanta molestia;  
 pero las *circunstancias* muchas veces  
 obligan á los hombres á la fuerza  
 á que haga ciertas cosas, que dan *lacha*  
 cuando uno tiene *diznidá* y vergüenza;  
 porque aunque *ustez* me ve con esta blusa  
 de dril tan *remendá*, puede que sea  
 más decente que algunos que presumen,  
 y no *agraviando á nadie*, en las *Peñuelas*  
 tengo mucha *conduta*, y todo el mundo  
 puede decir quién es Juan el *Corteza*.

—Le creo á usted.

—¡*Pa chasco!* ¡*Anda la bilis!*

pués siá mí muchas veces *me se terciá*  
 encontrarme en la *caye* algún amigo,  
 y por *casualidá* no llevar *perras*,  
 y si (*es un suponer*) quiero *oseguirle*,  
 no tengo más que entrar en la taberna  
 de Perico el Manchego; *ayí* me *fian*,  
 no digo yo unas copas, lo que quiera...  
 —Bueno, ¿y qué se le ofrece?

—Poca cosa:

que me han dicho que *ustez* es de la *impresa*,  
 ú *vamos al decir*, es *impresario*  
 del Teatro *Selezto*, y á la *Ugenia*,  
 una chica que tiene relaciones  
 conmigo *dende* el mes de *Nochegüena*,  
 y es la *primer* mujer con *circunstancias*,  
 y con *similitú* y *enciclopedia*,  
 quisiera yo *meterla* de corista;  
 porque tiene una voz... ¡Si *ustez* la oyera!

—Pase usted adelante, que ahora mismo  
 voy á anunciarle á usted.

—¿Pero usted *piensa*



—¿Pero se ha dedicado ya á las tablas?  
—¡Quiá! Vende peregil y ceboyetas,  
sino que á *eya* la tira más el arte  
que el andar voceando en la prazuela  
de la Cebá, y que en mí parece indizno  
el tener una novia verdulera.  
—¿No opina *ustez* igual?...

—Naturalmente.

—Pues por esa razón quisiera *eya*,  
si puede ser, quitarse del vendido.



—Es que el teatro en este mes se cierra,  
y nos iremos todos á provincias...  
¡Si no hay inconveniente en que se vengal...  
—¿A provincias?.. ¡Quiá hombre! ¡Pocas gracias!  
¿Pero *ustez* se figura que este *albéitar*  
se va á quedar aquí como un *presvitero*  
pa que *ustez* se las *pire* con la *Ugenia*?  
No *aceto* yo esas gangas, don Hermógenes;  
conque dispense *ustez* por la molestia,  
y *ustez* lo pase bien, y muchas gracias.  
—Adiós, y no hay de qué.

—¡La bilis negra!

¡Pues vaya unos *gachós* con *epedermis*  
que están estos sujetos de la *impresa*!

DEUSEDIT CRIADO.

# TOÑUELA

(HISTORIA ÍNTIMA)

Quien la hubiera visto en mitad de las empolvadas carreteras,  
descalza de pie y pierna, desgarrada la corta faldilla y enmarañado el negro cabello, no la hubiera conocido diez años después en uno de los gabinetes de Fornos.

Cuando tenía doce años, aquel marimacho daba de puñadas á los chicos, trepaba mejor que ellos por los castaños arriba y era la más lista para robar las moras escondidas en los frondosos matorrales de los zarzales de las lindes.

En las pesadas horas del verano, cuando el sol caía en haces sobre la tierra, que quemaba como fuego, desnuda de ropa y de pudor ¡¡allá que te vás! se zampaba en el río en mitad de los muchachos con la mayor desvergüenza del mundo.

¡Cuántas palizas recibió de su madre! Que si quieres. Hizo tanto caso de los golpes que le dió siendo niña, como de aquellos que le dieron después sus amantes siendo doncella.

Sus hermanitos no la podían ver porque, según decían, era una tragona.

Poco á poco el tiempo dió á su cuerpo de mujer esbeltoces encantadoras, ensanchó sus caderas y abillantó sus ojos, al par que llamó á su alma con ensueños y languideces.

Todo el mundo decía en el pueblo: ¡Qué hermosa es y qué bestia!

La historia es sencilla, por lo vulgar.

Un día cualquiera, sin sentir esa fuerza enérgica, esa gran fuerza humana que no impulsa á los grandes acontecimientos de la vida, sin haber pasado por los jardines del ideal, puso su don-

cellez á réditos, disipando en poco tiempo el capital y los intereses.

Pasó el Rubicón de su inocencia impasible, y entró en las impurezas de la realidad, desafiando á las gentes en nombre de nuestra Santa Madre la Naturaleza.

Aprendió á cantar en las *juergas*, aprendió á mentir en las mancebías y vino á Madrid desde Cádiz, más hermosa que una onza de oro.

Sus hermanos pretendieron matarla, y su madre hizo como que la olvidaba; pero al cabo de algún tiempo, y cuando Toñuela ascendió á llamarse Blanca, y pasaba una vida de reina, como las cosas andaban mal en el pueblo, su madre y sus hermanos hicieron lo del conde Hugolino.

Todos comieron.

—Paciencia, estaría de Dios.

—Sería su suerte.

Todas estas frases convencionales de consuelo brotaban en el seno de la familia, sin duda alguna para engañarse los unos á los otros.

Lo cierto es que la historia de Blanca poco ó nada nuevo agrega á la eterna historia de esas héroes del escándalo.

Era la admiración de los concurrentes al teatro de Eslava, y durante la estación veraniega, era quizá la mujer más hermosa que pisaba las playas de San Sebastián,

Un día se sintió enferma.

Aquellos labios rojos, nido de besos y sonrisas, se tiñeron de un color violáceo; su cabellera, coronada de rizos, caía deslustrada y lacia sobre sus hombros endebles.

En vano fué que reemplazara con falso color rojo el antes encendido de sus mejillas, porque la palidez vengadora de la anemia venía á quitarle la última de sus esperanzas.

Después de la enfermedad vino la bancarrota.

Sus amantes la abandonaron y sus amigas la compadecieron,

Una tarde halló á una compañera en la calle de Sevilla.

—Que desmejorada estás, Blanca.

—Hija, una menos. Me voy al pueblo... me voy allí con mi madre, y veremos si Dios tiene compasión de mí.

A los pocos días Toñuela entraba en su casa.

El mal no tenía cura.

Echada de pechos sobre la ventana, miraba al espacio con una fijeza estúpida.

¡San Sebastián! ¡Qué hermoso estaría á aquellas horas San Sebastián!.. ¡La Concha!... ¡El Boulevard! ¡qué hermoso!

¡Y todo había acabado para ella!

¡Pensó después en los Jardines del Buen Retiro!

—Esta noche de fijo van allí la Enriqueta y Estrella... todas... todas... y José María y don Francisco; ¡cuánto me ha querido á mí don Francisco, y cuánto dinero le he costado!

Comenzaba á declinar la tarde.

En el apurado espíritu de Toñuela se levantaban negras y sombrías sus memorias íntimas, que, como botonaduras de fuego, le quemaban las entrañas.

Tenía frío, mucho frío.

Y, sin embargo, la naturaleza celebraba una de sus más calenturientas orgías.

Se desgajaban los árboles por el peso de los frutos, los rayos de luz culebreaban por el encendido espacio cuajado de gérmenes livianos, y el aire templado y húmedo languidecía balanceándose en los penachos de los linos.

Toñuela iba á morir como los gladiadores romanos, no envuelta en las medrosas sombras de la noche, ni en las frías claridades de la madrugada; no se desplomaba sobre la arena candente, á la luz de un sol amarillo y oyendo al caer el rugido bárbaro de la vida.

Allá por el final de la carretera comenzaban á volver los carros cargados con los frutos de las eras.

Toñuela conoció á todos sus dueños.

—¡Aquella es Pepita!—decía.

—¡Qué hermoso niño tiene!

—Y aquella la Luisa...

—¡Vaya usted con Dios, señor cura!

¡Qué viejecito está el pobre don Antonio!

Y mientras decía esto con una alegría infantil, agitaba los brazos, repitiendo:

—¡Que he vuelto ya! ¡Que estoy aquí!

¡Vayan ustedes con Dios!

De pronto sintió algo que le apretaba la garganta, inclinó ligeramente la cabeza sobre el pecho, y... una menos.

El alegre canto andaluz de las verdiales sonaba allá á lo lejos con apasionados acentos de amor, y el abierto horizonte se encendía en oleadas de lumbre, semejante á una aurora boreal.

MANUEL PASO



## ISIDRO GIL

Es un erudito y un artista. Si en vez de vivir en el oscuro retiro de la vida de provincias, luciera su ingenio en escenario más vasto, su nombre sería hoy una verdadera y legítima reputación.

Pero á su retiro hay que ir á buscarle si se le quiere conocer.

Siempre la modestia es compañera del mérito.

Gil posee varias carreras científicas y literarias y á todas se dedica con aprovechamiento brillante.

Lo que para la vulgaridad de los mortales, es cosa áspera y difícil, para Gil ha sido tarea fácil y llana. Conseguir una carrera es fin que llena la juventud de un hombre. Trabajar y vivir de esa profesión consume, en la generalidad de los casos, la vida entera.

Gil es una excepción de la regla general. Con su talento y su cultura enciclopédicos á muchos problemas y cuestiones puede hacer frente con verdadera competencia.

La arquitectura y la historia le son familiares; la arqueología y numismática las posee al dedillo. Piensa como un filósofo, escribe como un literato, dibuja como un excelente pintor.

Un amigo suyo tuvo la bondad de facilitarnos extensa lista de los títulos académicos, diplomas honoríficos, condecoraciones, recompensas y premios logrados por Gil, no en virtud de recomendaciones y padrinzgos, que él desdén, sino por el solo y gallardo esfuerzo de sus envidiables aptitudes.

Al redactar estos apuntes no hemos podido dar con la nota de los méritos de Gil, más tan excelente era que solo ella hubiera ocupado el espacio destinado á estas notas. Apremios del tiempo nos impiden poner mayor diligencia en buscarla; y ciertamente que no lo sentimos, porque Isidro Gil tiene su firma bien acreditada entre nuestro lectores.

Aquel su hermoso cuadro de las *Pescadoras bilbainas*, que tiempo ha reproducimos, con unánimes felicitaciones de todos los aficionados á las bellas artes; y su *Visión de fray Martín*, trabajo más reciente y no menos notable que el anterior, son dos obras que justifican el talento de Gil entre los numerosos lectores de nuestros SUPLEMENTOS.

Una cosa sí, diremos, que pone muy alto el mérito de nuestro distinguido colaborador, y es que él mismo se ha formado su personalidad artística; que él ha sido el único y prudentísimo director de su vocación por el dibujo y la pintura, y que de sus triunfos á él solo le corresponde la gloria.

Gil no ha tenido maestros. El solito aprendió á dibujar y con una sabia observación de la naturaleza ha llegado á ser un buen diutor.



ISIDRO GIL.



CARLOS LEZCANO.

Tampoco en los procedimientos gráficos encontró dificultades que no venciera y es, sobre todo, un buen acuarelista.

Tiene gran afición por la vida campestre y el cuadro que hoy reproducimos muestra la inclinación de su autor á las escenas del campo, que son siempre manantial de inspiración para todos los amantes de lo bello.

## LEZCANO

Es abogado por lujo y artista por temperamento.

Como hombre de ley, no creemos que haya obtenido grandes triunfos, pues parecemos que es poco inclinado á los trabajos del foro.

Prefiere, á juzgar por las muestras que de sus aficiones hace, la paleta á la toga, y el «estudio» al bufete. Dadas sus aptitudes, y sin negarle talentos para brillar en otra esfera, le alabamos el rumbo que ha dado á su vocación predominante.

Carlos Lezcano es un pintor de mérito y de esperanzas. No tiene más de veinticinco años de edad y ha obtenido honrosísimos triunfos en varios certámenes artísticos de importancia. Entre otros, recordamos los de Madrid, Barcelona y Stokolmo, donde concurrió con obras justamente alabadas por su factura y colorido.

Es buen dibujante, y como tal, observador y concienzudo.

Cuando le pedimos su retrato para nuestra «Galería», encontróse en la alternativa de darnos una efigie anticuada ó negarnos el favor. Lo primero era penoso para él; lo segundo para él y para nosotros. Pronto, no obstante, salió del paso, y en poco tiempo, con gran soltura de lápiz, hizo su propio retrato. Del parecido nada hemos de decir. Juzguen los que conocen á Lezcano, que no son pocos, por fortuna de él y de sus amigos.

También hay que tributarle palmas como colorista. Con la paleta en la mano tiene á veces atrevimientos gallardos, y lo que es mejor, afortunados.

El cuadro que hoy reproducimos es un hermoso estudio, de tonos cálidos y vigorosos, cuya ejecución patentiza la destreza del autor.

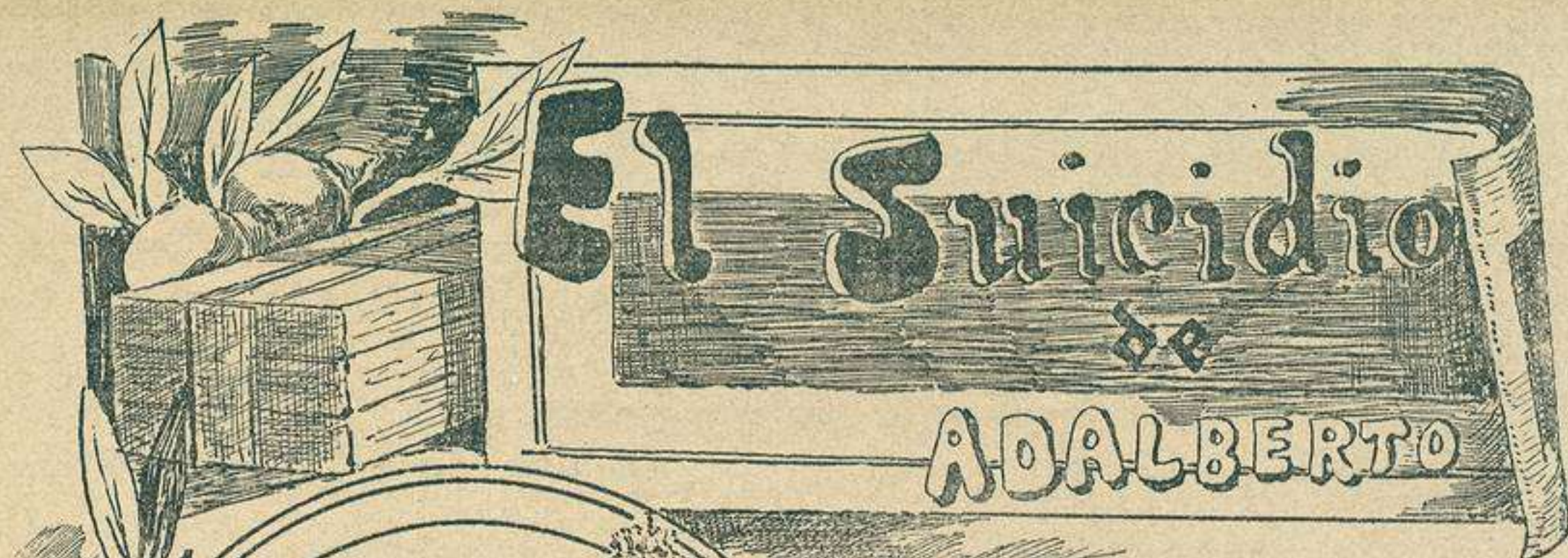
La estampación cromotípica, aun siendo tan esmerada como pueden observar los inteligentes, vela algo la labor del artista; pero no es tan espeso el velo que impida rastrear á su través el paso de un pincel hábilmente manejado.

Lezcano es joven, y como tal, entusiasta; tiene talento, fe en el porvenir y amor al trabajo. ¿Será aventurado predecirle grandes éxitos? Creemos que no.

El va andando: llegará lejos.

R.





# El Suicidio de ADALBERTO



## I

Al cabo de vivir un mes en el campo, la hermosa Amelia dió calabazas al barón Adalberto.

—Querido amigo—le dijo Amelia,—hacéis huir á mis amigos con vuestras lúgubres excentricidades; me aburrís... Marchaos, ó soy yo quien abandona esta casa.

—¡Cómo! ¿Después de vuestras promesas y juramentos de amor?

—En vuestros países del Norte dan tal vez gran importancia á toda esa fraseología del amor, pero aquí no representa nada. Siempre me estábais diciendo que acabaría por amaros... y esperaba... Ahora me producís ataques de nervios. Creo que me divertiría si no estuviérais aquí.

—Soy el mismo de siempre—interrumpió el barón,—más amante que nunca... Os he contado mi historia pasada, iba á referiros la presente...

—Vuestra infancia me ha puesto la carne de gallina; las alegrías de vuestra juventud me ponen los pelos de punta; vuestras bromas de estudiante me quitan el sueño. Separémonos como buenos amigos y volved cuando no penséis más en eso.

—¿En qué...?

—En haceros amar.

—¿Y qué haré del amor que os tengo?

—Lo que os dé la gana. Yo nada he cogido de ese cariño, así es que no tengo ninguna cuenta que daros.

El barón Adalberto se llevó las manos á la cabeza, como el que se prepara á recibir una dolorosa conmoción.

Su rostro, siempre de buen color, tornóse amoratado. Oyose el chasquido de los huesos de sus dedos y de sus muñecas.

—¿Decididamente me rechazáis?

—Al menos por ahora.

—¿Es vuestra última palabra?

—Sí.

—Entonces yo soy quien tiene algo que añadir.

—¡Acabad!—dijo la joven con impaciencia.

—¡Me mataré!

Amelia hizo un gesto de coquetería con la cabeza, que parecía decir:

—Esa amenaza me la han hecho repetidas veces y sé que no merece siquiera que me preocupe.

## II

Alegria grandísima se produjo entre todos los amigos de la intimidad de la joven, tan pronto como supieron que había despedido definitivamente á Adalberto.

—¡Qué bien estamos sin él! ¡Un enamorado tétrico!

—¡Celoso hasta de su sombra!

—Vuestra casa, querida mía, se había hecho insupportable. Todo lo encontraba malo. Sed franca; ¿estáis contenta de haberos desembarazado de él?

—Sin duda; pero...

—¿Hay un pero?

—Me ha amenazado...

—¡Cosa muy bonita para un caballero galante!

—Me ha amenazado con matarse.

—No seáis niña... no creáis eso... ¡Un hombre de treinta años y que tiene seiscientos mil francos de renta! Se dice, pero no se hace... Ya no hay quien se mate por amor...

—Además—añadió otro;—encuentro que mostráis una dosis de amor propio que sobrepasa los límites de lo ordinario. ¿Creéis que vuestros desdenes dan la muerte?... Ahí es nada... Reíos de eso... y no penséis más en ello. Dicen que fumaba en pipa y que bebía, sin descansar, un bol con cuatro botellas de vino caliente. No nos volvamos á acordar de ese soso de Adalberto. Y para evitar que penséis en él, pongámonos á trabajar: escribamos á París para que nos envíen los trajes y las partituras que nos serán necesarias para el día de la fiesta. Yo me quedo para recordaros las invitaciones que hay que hacer.

## III

¡Qué bien hizo el barón Adalberto en marcharse á su casa! Su antiguo y severo castillo, la mejor posesión de su comarca en cuarenta leguas á la redonda, le convenía más que el alegre chalet, un momento entristecido por su presencia, y que poco á poco había ido adquiriendo su aspecto de siempre.

Los visitantes, que habían sido ahuyentados por la seriedad del barón, reanudaron sus añejas costumbres de venir á distraer á Amelia, la cual olvidó los días nefastos en que estaba envuelta en las redes de un amor celoso y violento.

Ocho días después de la partida de Adalberto, Amelia ensayó el papel que debía representar en el teatrillo de su posesión. Llegaron las cajas con los trajes. Su doncella Loysi había prometido excederse á sí misma, confeccionando una peluca á la *phalaris*, y la falda tableada estaba en una caja anunciada por el modisto con tanto encarecimiento, que la joven quiso ser la primera en gozar de la sorpresa que habrían de causarla las maravillas y primores que en ella había puesto el hábil creador de la moda.

—¡Dejadnos que lo veamos!—exclamaron todas.

—No; quiero que mi salida á escena os sorprenda; desharé los paquetes cuando todo el mundo esté acostado.

En vano se insistió sobre este punto. Amelia dió orden á un criado de que guardara la caja en un ángulo del salón, y que la desclavase de manera que le fuera fácil abrirla.

Así se hizo, y Amelia quedó sola. Llevaba la cabeza adornada con guirnaldas de rosas, cuyo suave matiz casaba perfectamente con el azul pálido de su bata vaporosa y elegante.



A la que quiere velar le parece que los de la casa tardan mucho en dormirse. Era una niñería temer tanto ser sorprendida al probarse el traje; pero ya se sabe cuanta importancia dan las mujeres en general á estas niñerías.

Mientras oyó pasos en la casa, Amelia no trató de levantar la tapa de la caja; para matar el tiempo repasaba su papel, marcando con lápiz al margen las observaciones de que quería acordarse.

Por fin, cuando las luces se apagaron y ya no se oyó nada, la joven, con la cara de un goloso que va á saborear algo exquisito, hizo sus preparativos.

Colocó sobre una mesita, inmediata á la caja, la lámpara á cuya luz leía. Levantó la tapa, se arrodilló para mayor comodidad y puso al descubierto el contenido del envoltorio.

Una porción de capas de papel de seda formaba espeso colchón destinado á proteger de todo rozamiento el objeto precioso que allí se encerraba.

Por de pronto, quitó con alguna calma las capas de papel; pero luego, al impulso de su impaciencia, levantó con las dos manos las que quedaban, y al sentir el contacto de una tela, lanzó un suspiro de satisfacción y dirigió su mirada al fondo de la caja.

Creyó ser presa de horrible visión ó de alucinación espantosa. No, no era posible; es que estaba loca, sin embargo, de un salto se puso en pie, retrocedió, miró de nuevo á la caja y después á su alrededor; no había duda, era su salón. ¿Pero cómo entonces el cuerpo del barón Adalberto estaba colocado en aquella caja? Cerró los ojos y los volvió á abrir, pidiendo á Dios que le devolviera el juicio; pues seguía creyéndose víctima de una alucinación.

Quitó los dos globos azulados de su lámpara de plata, á fin de alumbrar con más viveza el cofre maldito, y valientemente miró...



Adalberto estaba pálido; pero aparte de esto se encontraba tan natural que fué necesario que Amelia permaneciese un rato inclinada sobre la caja para convencerse de que estaba muerto.

Adalberto se había suicidado de un tiro en la cabeza; había muerto por ella y había querido, con esta última visita, hacer que no le olvidase jamás.

Quiso pedir socorro, pero de su garganta no salía el más tenue sonido. Sus fuerzas la abandonaban y su vista se debilitaba. ¿Iba á morir así?

En aquel terrible trance recordó que una de sus invitadas dormía cerca del salón, y pensó que quizá tendría fuerza para llegar hasta su puerta. Pero no, era una vana esperanza, Adalberto saldría de su ataúd para impedirlo; le parecía que ya se levantaba... Sin embargo, por un esfuerzo sobre humano, llamó á la puerta de la amiga más próxima y cayó en sus brazos apenas ésta le franqueó el paso.

#### IV

Cuando Amelia volvió en sí, exclamó:

—¡Muerto por mí!

En un momento todos los habitantes del castillo se levantaron,

y los más decididos se acercaron á la caja y examinaron su contenido.

No había dada. Era el cuerpo de Adalberto vestido de etiqueta. Nada le faltaba, la corbata blanca, los guantes, la gardenia en el ojal del frac. Estaba peinado con exquisito esmero. El interior de la caja estaba forrado de raso y era digna de la elegancia del difunto.

Todos pasaron y repasaron delante del cuerpo. Pasados los primeros instantes de estupor, los que estaban dotados de mayor presencia de espíritu empezaron á discutir sobre lo ocurrido. Era preciso no perder tiempo y decidir lo que convenía hacer.

Si al menos aquel hombre original se hubiese hecho expedir á París, la cosa no hubiera ofrecido dificultades. Con cuatro letras al prefecto de policía, que era todo un galante caballero, él mismo habríase encargado de arreglarlo todo. ¿Pero allí á qué autoridades se tenía que recurrir?

Una dama de cierta edad, y viuda, hizo observar que era necesario, ante todo, ponerse en regla con la justicia. La finca estaba bordeada por un río. Tal vez habría medio de colocar el cuerpo en una barca, y sacarle así sin escándalo...

Amelia lloraba y no escuchaba ningún consejo.

—¡Desgraciada de mí!—exclamaba.—He causado la muerte del único hombre que me ha amado. Yo le he lanzado á la desesperación. Su muerte recaerá sobre mí...

—Todo esto no nos arregla el asunto—interrumpió la duquesa.

—... Yo te amaba, Adalberto, y juro guardarte...

—Querida mía, no seas niña; ya sabéis que no es posible seguir así el curso de la fantasía de cada cual. Si tardáis en dar parte á la justicia, me monto en el primer tren. No quiero estar presente

cuando venga la policía á prendernos, porque Adalberto era rico. ¿Quién sabe si por ocultar nosotros este triste suceso á la justicia, nos acusarían de haberlo asesinado?

Todos los que la escuchaban se pusieron lívidos.

—¿Y después de todo, qué hacemos aquí? Hablamos, nos ocupamos de nosotros mismos, y ni siquiera hemos rezado una oración por el alma de este pobre joven.

Entonces se decidió ir primeramente en busca del cura para que velara el cadáver.

En un instante cada cual se encargó de una comisión.

El juez de paz y el comisario de policía del cantón fueron avisados.

—Abandonaréis el país—le decían unos—si es preciso; pero hay que proceder con arreglo á la ley.

—¡Todos dudabais de su amor!—exclamó Amelia con acento de trágico reproche, dirigiendo una desesperada mirada al cielo.

#### V

Fué un espectáculo extraordinario la partida de todas aquellas gentes despertadas por el sobresalto, saliendo en plena noche á buscar los socorros necesarios. Los hombres estaban más asustados aun que las mujeres, porque comprendían mejor la gravedad de lo sucedido.

La muerte es, en verdad, el único, y solo agua fiestas de los que se divierten en este mundo.

Los gabanes cubrieron fuertemente las camisas de noche de los hombres, sujeta al cuello por elegantes cordones de seda; las mujeres se envolvieron en sus vaporosas batas, y cada cual cumplió su cometido de la mejor manera que le fué posible.

Amelia, muy abatida, fué confiada á los cuidados de su doncella la cual, queriendo darse aires de suspicaz, decía que operaba aquel trágico desenlace, porque el barón Adalberto tenía trazas de hipocondríaco.

#### VI

El cura del cantón fué el primero que llegó. Los sacerdotes están siempre dispuestos á molestar.

El buen padre conocía á Amelia por sus caridades, así es que tuvo para ella tranquilizadoras palabras.

Inmediatamente organizó una capilla ardiente en el salón, porque encontraba poco respetuosa aquella revuelta confusión de muebles, libros, comedias, ramos de flores, una guitarra, un piano abierto, bandejas de pasteles, ánforas llenas de Champagne, allí dispuestas para los invitados, que faltos de sueño gustaban refrescarse la garganta con el espumoso vino. Todo aquello fué reemplazado por otras cosas más serias y más en carácter con la tristeza que reinaba en el castillo.

El juez de paz tardó poco en llegar, mandando en seguida á buscar al comisario de policía, que habitaba á una legua de aquellos sitios.



El funcionario judicial miraba á todas partes, como si de todos sospechase.

—¡Que no salga nadie!—exclamó.—Y en seguida se puso á formar el atestado.

El cura, muy piadosamente, había cubierto con montones de flores el cadáver del barón Adalberto.

El juez las separó y examinó con atención aquellos fúnebres restos.

—¡Era un guapo mozo!—exclamó.—¡Y en la flor de la edad!



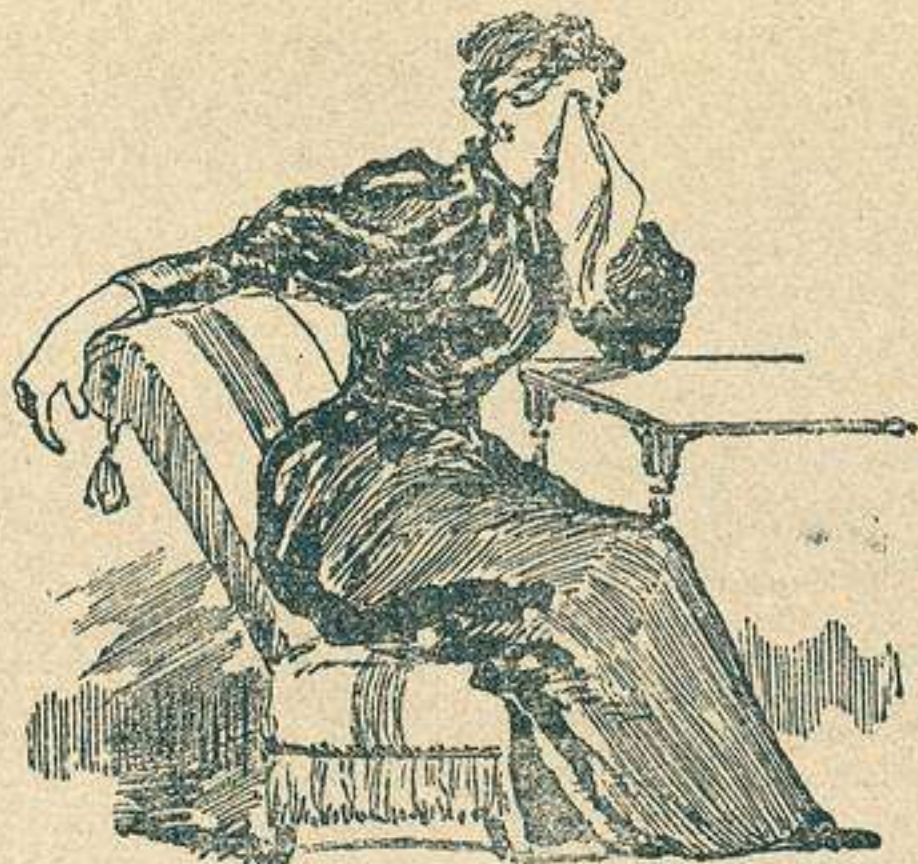
Todas las mujeres se estremecieron, y aquella mundana asamblea, cuando llegó el comisario de policía estaba triste y abatida. Cerca de la caja, detrás del señor cura, dos damas rezaban y sostenían á Amelia, la cual tenía convulsivamente, entre sus manos un rosario. Repartidas por la habitación, en los huecos de los balcones, sobre los sofás otras, meditaban con la vista clavada en el suelo. El juez escribía sobre la mesa del centro. Los hombres, asomados á los balcones, departían á media voz, contemplando la sonrisa de la aurora detrás de los tilos aún ocultos por la sombra.

El comisario no creyó un solo instante en la posibilidad de un crimen. Bastaba mirar todas aquellas caras para tranquilizarse, pero tenía que cumplir las formalidades que su cargo le imponían. Todos se apresuraron á facilitar su misión.

Después, el cura se quedó velando al difunto y todos los demás se fueron á sus habitaciones. Dos gendarmes se quedaron vigilando las salidas, y el comisario solicitó de Amelia un interrogatorio secreto.

## VII

El comisario fué pesado en su interrogatorio, pero su ges-



tión redujose á darle algunos consejos encaminados á abreviar todos los preliminares de tan triste y desagradable suceso.

También el cura vino á ofrecer á Amelia los consuelos de la religión. Claro que ella era la causa involuntaria de desgracia tan grande, pero sus oraciones podrían redimirla.

—Puesto que por vos se ha matado, vos sola podeis salvar su alma. Consagrad vuestra vida al recuerdo de este infortunado... y Dios os perdonará.

Amelia, bajo el golpe de aquella emoción, no dudó en hacer el voto que le habían indicado. El virtuoso sacerdote la señaló las formalidades místicas que tenía que llenar, y la pobre juró sobre el Evangelio pertenecer desde aquel momento al alma del barón Adalberto. Hizo bendecir una sortija de alianza, y ya serena se ocupó en prevenir á la familia del barón, enviando á todos sus parientes cartas y telegramas urgentes contándoles lo ocurrido y reclamando su presencia.

Una contestación á uno de los telegramas puestos por Amelia, vino á cambiar por completo la faz de los acontecimientos.

«Viena.

Embajada de Francia:

Tío Adalberto está aquí bueno y sano —Ruego envíe otro telegrama.— No comprendemos lo que pasa.

GUSTAVO.»

## VIII

Todos se precipitaron sobre la caja, que esta vez, sin miramientos, quedó completamente vacía.

La imagen en cera del barón Adalberto fué colocada en el centro del salón. Imposible hacer escultura más hábil.

Amelia loca de alegría invitó á almorzar al juez de paz y al comisario. El cura no aceptó el convite, y no hace más que meditar sobre el inesperado caso que se le presenta... Amelia tendrá que ir á Roma para recobrar su libertad...

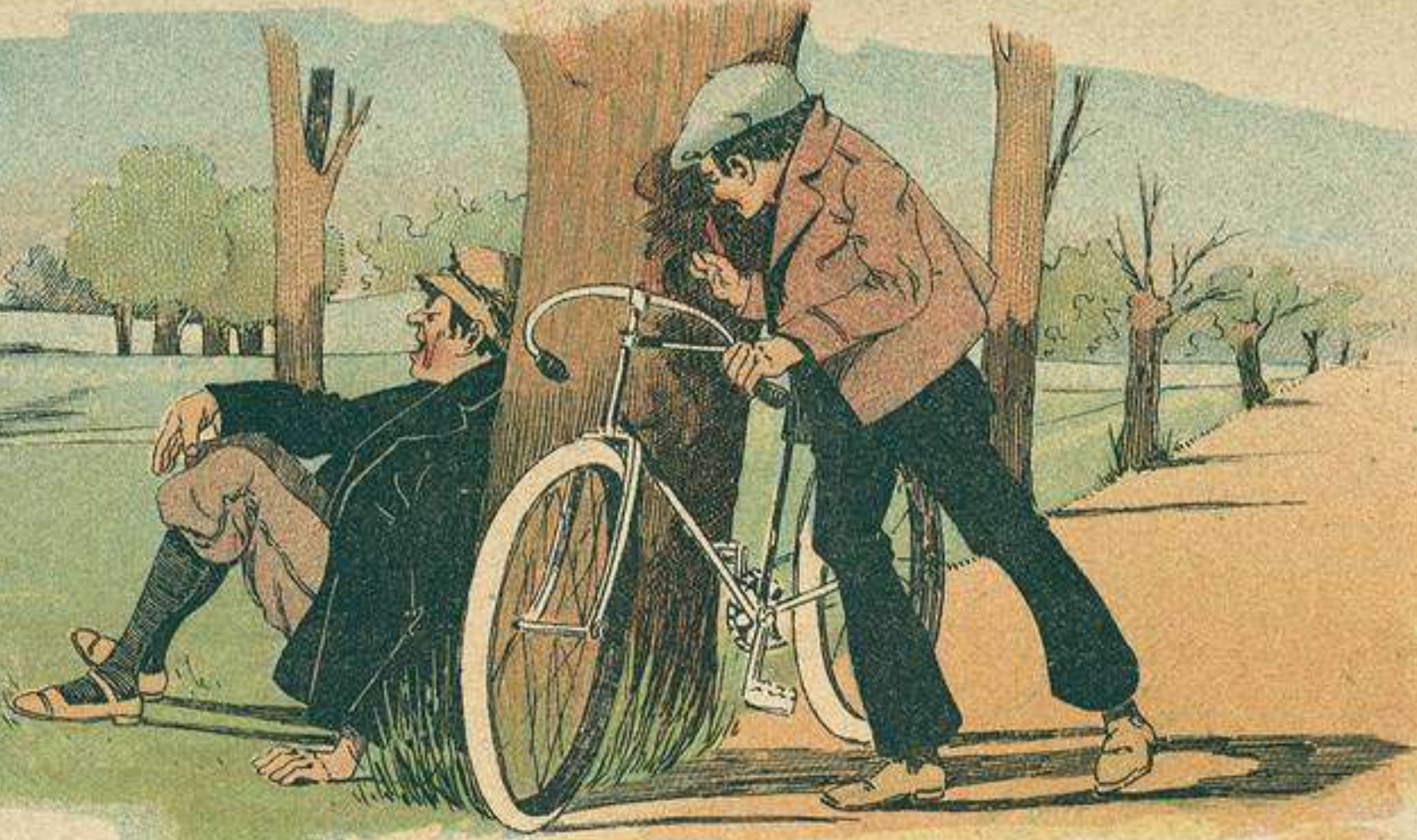
ANGEL BENIGNE.

(Ilustraciones de Navarrete.)

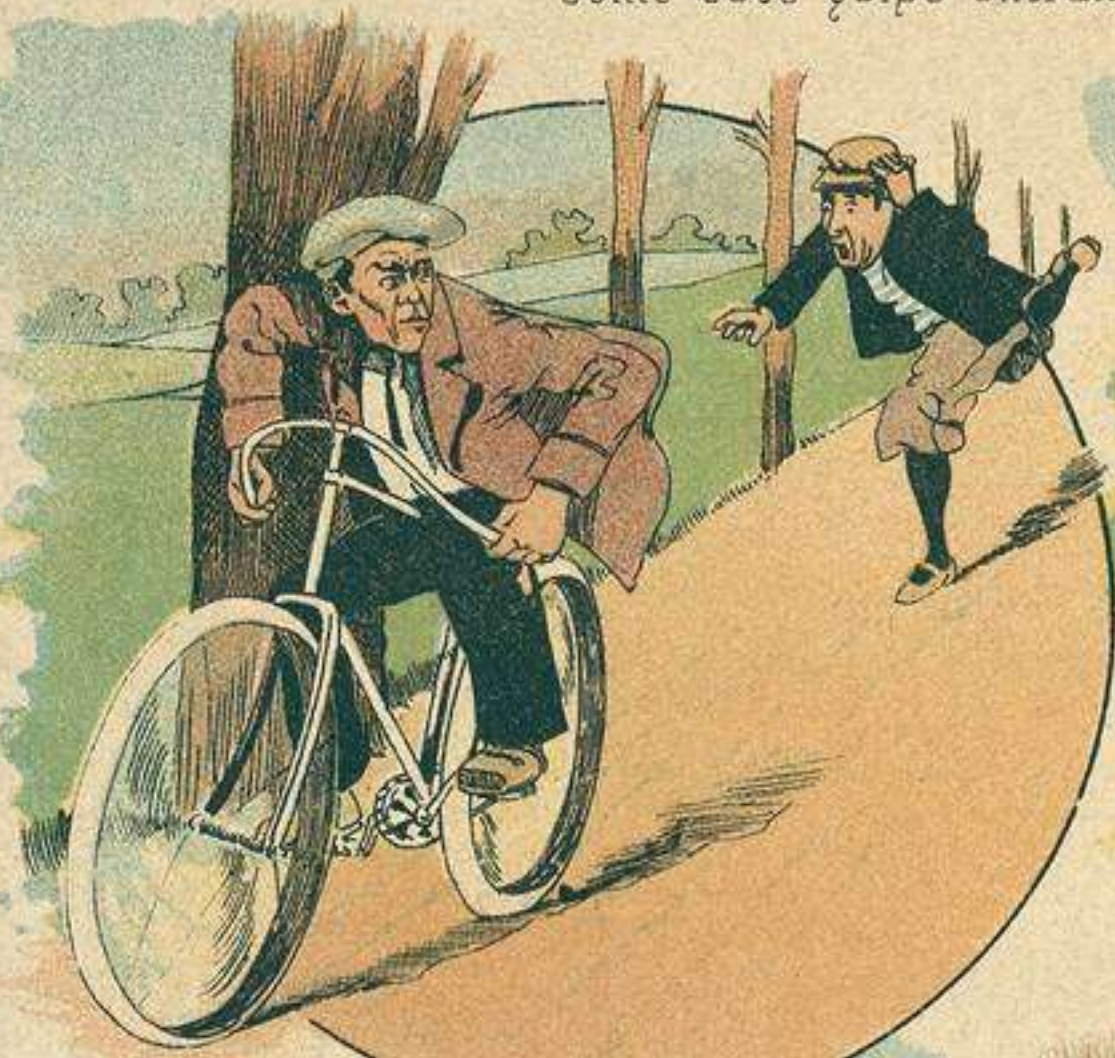
## FRASE HECHA





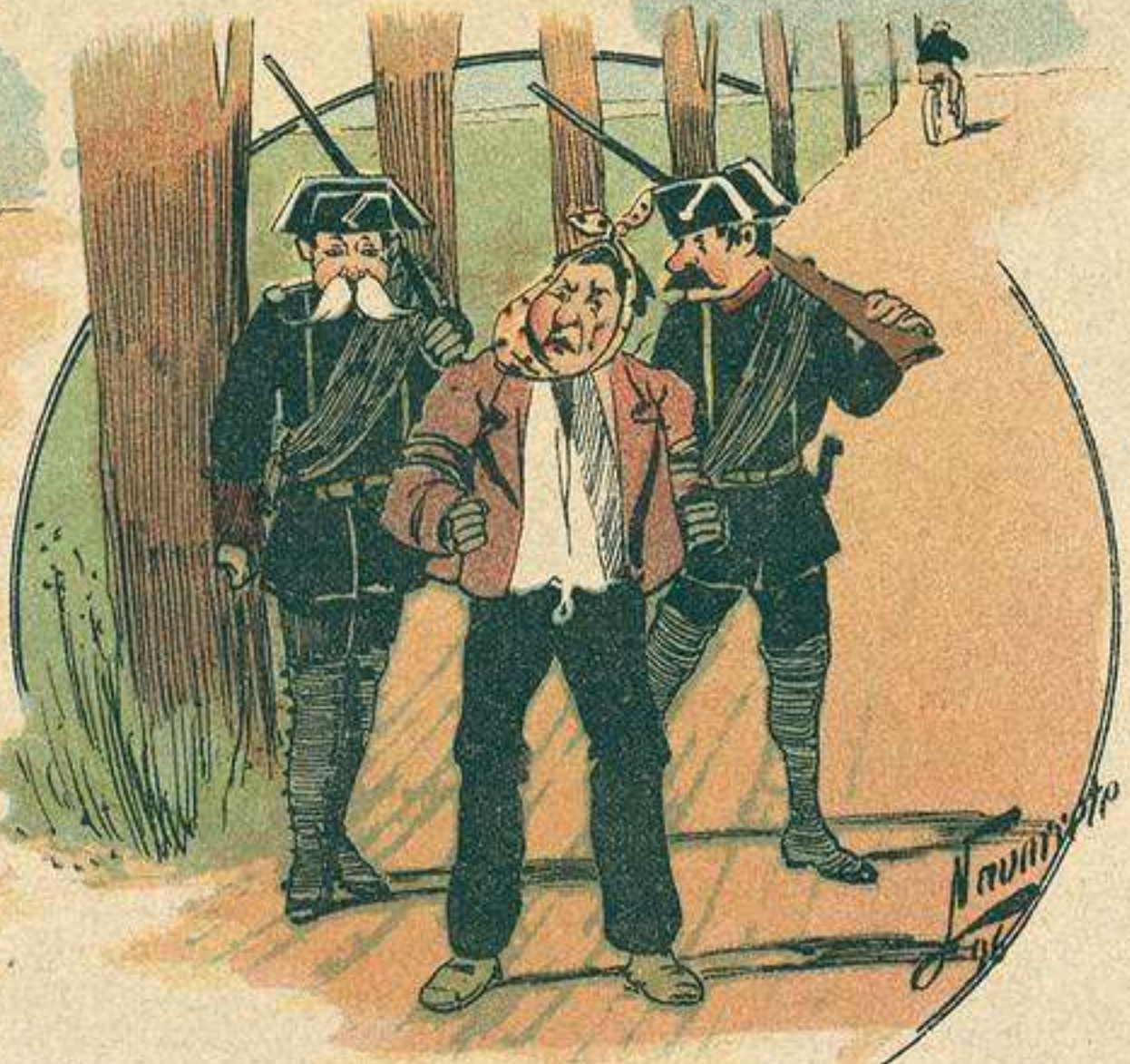


Como este golpe entran pocos en libra.



¡Alto! ¡Eh!

Ahora la del humo.....



Ahora me pillan, de seguro

Cuando yo decia que como este golpe entran pocos en libra.....